

grandes empresas. Tiene un doble deber que cumplir. De antiguo contó su casa grandes capitanes y notables hombres de ciencia y literatura, gloria y orgullo de esta pobre Galicia. Se necesita, pues, que continúe la no interrumpida tradición, y que, como los suyos, añada una hoja más de laurel á la corona de la patria. Y yo, en nombre de tu padre, te digo:

—¡Hijo mío, cumple tus destinos y que las horas que te esperan te sean propicias!

M. Murguía.

T U L A V A R O N A

I

Los perros de caza iban y venían con carreras locas, avizorando las matas, horadando los huecos zarzales y metiéndose por los campos de centeno con alegría ruidosa de muchachos. Ramiro Mendoza, cansado de haber andado todo el día por cuetos y vericuetos, apenas ponía cuidado en tales retozos: Con la escopeta al hombro, las polainas blancas de polvo y el ancho sombrero en la mano, para que el aire le refresque la asoleada cabeza, regresaba á Villa-Julia, de donde había salido muy de mañana. El Du-

C O F R E D E S Á N D A L O

quesito, como llamaban á Mendoza en el Foreigner Club, era cuarto ó quinto hijo de aquel célebre Duque de Ordax que murió hace algunos años en París completamente arruinado. A falta de otro patrimonio, heredó la gentil presencia de su padre, un verdadero noble español, quijotesco é ignorante, á quien las liviandades de una reina dieron pasajera celebridad. Aun hoy, cierta marquesa de cabellos plateados, que un tiempo los tuvo de oro y fué muy bella, suele referir á los íntimos que acuden á su tertulia los lances de aquella amorosa y palatina jornada.

II

El Duquesito camina despacio y con fatiga. A mitad de una cuesta pedregosa, como

C O F R E D E S A N D A L O

oyese rodar algunos guijarros tras sí, se detiene y vuelve la cabeza. Tula Varona baja corriendo, encendidas las mejillas y los rizos de la frente alborotados:

—¡Eh! ¡Duque! ¡Duque!... ¡Espere usted, hombre! ¡He pasado un rato horrible! ¡Figúrese usted, que unos indígenas me dicen que anda por los alrededores un perro rabioso!

Ramiro procuró tranquilizarla:

—¡Bah! No será cierto. Si lo fuese, crea usted que le viviría reconocido á un perro tan amable...

Al tiempo que hablaba, sonreía de ese modo fatuo y cortés, que es frecuente en labios aristocráticos. Quiso luego poner su galantería al alcance de todas las inteligencias, y añadió:

—Digo esto, porque de otro modo quizá no tuviese...

C O F R E D E S A N D A L O

Ella interrumpió, saludando con una cortesía burlona:

—Sí, ya sé... De otro modo, quizá no tuviese usted el alto honor de acompañarme.

Reía con risa hombruna, que sonaba de un modo extraño en su cálida boca de criolla. Llevaba puesto un sombrero de paja, sin velo ni cintajos, parecido á los que usan los hombres; guantes de perfumada gamuza y borceguíes blancos, llenos de polvo. Su cabeza era pequeña y rizada, el rostro gracioso, el talle encantador. Usaba corto el cabello, y esto le daba cierto aspecto de andrógino, alegre y juguetón. Rehizo en el molde de su lindo dedo los ricillos rebeldes que se le entraban por los ojos, y añadió:

—Venga acá la escopeta, Duque. Si aparece por ahí ese perro, usted no debe tirarle... Es cuestión de agradecimiento. ¡Antes morir!

C O F R E D E S A N D A L O

Riendo y loqueando tomó la escopeta de manos del Duquesito, y caminó delante, un poco apresurada. Sus movimientos eran muy graciosos, pero su alegría demasiado nerviosa, resultaba inquietante como las caricias de los gatos. El Duquesito, que se había quedado atrás, la desnudaba con los ojos. ¡Vaya una mujer! Tenía los contornos redondos, la línea de las caderas ondulante y provocativa... El buen mozo tuvo intenciones de cogerla por la cintura y hacer una atrocidad. Afortunadamente, su entusiasmo halló abierta la válvula de los requiebros:

—¡Encantadora, Tula! ¡Admirable! ¡Parece usted Diana cazadora!

Tula, medio se volvió á mirarle:

—¡Ay! ¡Cuántísima erudición! Yo estaba en que usted no conocía intimamente otra Diana que la artista de Parish.

C O F R E D E S Á N D A L O

Era tan maligna la sonrisa que guiñaba sus negros ojos, que el Duquesito, un poco mortificado, quiso contestar á su vez algo terriblemente irónico. Pero en vano escudriñó los arcanos de su magín. La frase cruel, aquella de tres filos envenenados que debía clavarse en el corazón de la linda criolla, no pareció. ¡Oh! ¡Pobres mostachos, qué furiosamente os retorcieron entonces los dedos del Duquesito!

III

Como cien pasos llevarian andados, y Tula, que caminaba siempre delante, se detuvo esperando á Mendoza:

C O F R E D E S Á N D A L O

—¡Ay! Tengo este hombro medio deshecho. Tome usted la escopeta. ¡Es más pesada que su dueño!

El otro la miró sin abandonar la sonrisa fatua y cortés. ¡La ironía, la terrible ironía, acababa de ocurrirsele!

—¡Eso, quién sabe, Tula! Usted aún no me ha tomado en peso.

Y se rió sonoramente, seguro de que tenía ingenio. Tula Varona le contempló un momento á través de las pestañas entornadas:

—¡Pero hombre, que sólo ha de tener usted contestaciones de almanaque! Le he oído eso mismo cientos de veces. ¡Y la gracia está en que tiene usted la misma respuesta para los dos sexos!

Como iba delante, al hablar volvía la cabeza, ya mirando al Duquesito por encima de un

C O F R E D E S A N D A L O

hombro, ya del otro, con esos movimientos vivos y gentiles de los pájaros que beben al sol en los arroyos.

IV

De aquella mujer, de sus trajes y de su tren, se murmuraba mucho en Villa-Julia: Sabíase que vivía separada de su marido, y se contaba una historia escandalosa. Cuando su doncella, una rubia inglesa muy al cabo de ciertas intimidades, deslizó en la oreja nacarada y monísima de la señora, algo, como un eco, de tales murmuraciones, Tula se limitó á sonreír, al mismo tiempo que se miraba los dientes en el lindo espejillo de mano que tenía sobre la fal-

C O F R E D E S Á N D A L O

da, un espejillo con marco de oro cincelado, que también tenía su historia galante. Tula Varona reunía todas las excentricidades y todas las audacias mundanas de las criollas que viven en París: Jugaba, bebía y tiraba del cigarrillo turco, con la insinuante fanfarronería de un colegial. Al verla apoyada en el taco del billar, discutiendo en medio de un corro de caballeros el efecto de una carambola, ó las condiciones de un caballo de carreras, no se sabía si era una dama rastacuera, ó una aventurera.

V

Del sombrío caminejo de la montaña salieron á un gran raso de césped, que tenía en medio

C O F R E D E S A N D A L O

una fuentequilla rodeada por macizos de flores y bancos de hierro, colocados en círculo, á la festoneada sombra de algunos álamos. Grupos de turistas venían ó se alejaban por la carretera. Dos jovencitas, sentadas cerca de la fuente, leían, comentándola, la carta de una amiga. Algunas señoras, pálidas y de trabajoso andar, llamaban á sus maridos con gritos lánguidos, y una niñera que tenía la frente llena de rizos, contestaba haciendo dengues, las bromas verdes de tres elegantes caballeres. Se veían muchos trajes claros, muchas sombrillas rojas, blancas y tornasoladas. Tula llenó en la fuente su vaso de bolsillo, una monería de cristal de Bohemia, y lo alzó desbordante:

—¡Duque, brindo por usted!

Bebió entre los cuchicheos de las dos jovencitas que leían la carta. Al acabar estrelló el

C O F R E D E S Á N D A L O

vaso contra las rocas y se echó á reír de modo provocativo:

—Vámonos, no escandalicemos.

Estaba muy linda: El sol la hería de soslayo, el viento le plegaba la falda. Desde la explanada dominábase el vasto panorama de la ría guarnecida de rizos: Los tilos del paseo de París y las torres de la ciudad destacaban sobre la faja roja que marcaba el ocaso. Después de un centenar de pasos empezaban los palacetes modernos. Tula se detuvo ante la verja de un jardinillo. Tiró con fuerza de la cadena, que colgaba al lado de la puerta, y después dijo, introduciendo el enguantado brazo por entre los barrotes:

—¡He aquí mi nido!

Los rayos del sol, que se ponía en un horizonte marino, cabrilleaban en los cristales. Era

C O F R E D E S A N D A L O

un hermoso nido, rodeado de follaje, con escalinata de mármol y balcones verdes, tapizados de enredaderas. Tula tendió con gallardía la mano al Duquesito, y mirándole á los ojos, pronunció con su acariciador acento de criolla:

—¿No quiere usted hacerme compañía un momento?... Tomaríamos mate á estilo de América.

El otro tuvo algún titubeo, y, á la postre, concluyó por animarse.

VI

La criolla le dejó en un saloncito sumido en amorosa penumbra. El ambiente estaba impregnado del aroma meridional y morisco de los

C O F R E D E S Á N D A L O

jazmines que se enroscaban á los hierros del balcón. Tula indicóle un asiento con graciosa reverencia, y se ausentó velozmente, no sin tornar alguna vez la cabeza para mirar y sonreír al buen mozo:

—¡Vuelvo, Duque, vuelvo! ¡Nose asustestued! ¡

El Duquesito la siguió con la vista. Tula Varona tenía ese andar cadencioso y elástico, que deja adivinar unas piernas largas y esbeltas de venus griega. No tardó en aparecer envuelta en una bata de seda azul celeste, guarnecida de encajes. Posado en el hombro, traía un lorito, que salmodiaba el estribillo de un danzón, y balanceaba á compás su verde caperuza. De aquella traza, recordaba esos miniados de los códices antiguos, que representan emperatrices y princesas, aficionados á la cetrería, con rico brial de brocado y un hermoso gavilán en el

C O F R E D E S Á N D A L O

puño. Dejó el loro sobre la cabeza de una estatuilla de bronce, capricho artístico de Pradier, y se puso á preparar el mate sobre una mesa de bambú, en un rincón del saloncito. De tiempo en tiempo volvíase con gentil escorzo de todo el busto, para lanzar al Duque una mirada luminosa y rápida. Conociase que quería hacer la conquista del buen mozo, y adoptaba con él aires de coquetería afectuosa, pero en el fondo de sus negras pupilas, temblaba de continuo una risa burlona, que simulaba contenida por el marco de aquellas pestañas, rizas y luengas que, al mirar, se entornaban con voluptuosidad americana. Dejaba pasar pocos momentos sin dirigir la palabra á su amigo, y cuando lo hacía, era siempre de un modo picado y rápido. Colocaba la yerba en el fondo de la matera, y se volvía sonriente:

C O F R E D E S Á N D A L O

—A esto llaman allá cebar...

Echaba agua, tomaba un sorbo y añadía:

—Es operación que hacen las negritas.

Y después de otro momento, al poner azúcar:

—No crea usted, tiene sus dificultades.

Cuando hubo terminado, llamó á Ramiro Mendoza, que en el otro extremo del saloncito pasaba revista á una legión de «idallillos» extendida sobre un mueble japonés. El buen mozo la felicitó campanudamente por aquella encantadora genialidad. Tula entornó sus aterciopelados ojos:

—¡Oh, muchas gracias!

Los elogios de un hombre tan elegante no podían menos de serle muy agradables. Pero resistíase á creer que fuesen sinceros. Ramiro protestó con mucho calor, y aquella protesta le valió una de esas miradas femeninas de papadeo apasionado y rápido.

VII

Para explicarle cómo se tomaba el mate, Tula llevóse á los labios la boquilla de plata y sorbió lentamente. A menudo alzaba los párpados y sonreía. Los rizos caíanle sobre los ojos, el cuello mórbido y desnudo, graciosamente encorvado, parecía salir de una cascada de encajes. La azul y ondulante entreabertura de la manga dejaba ver en incitante penumbra un brazo de tonos algo velados y dibujo intachable, que sostenía la matera de plata cincelada. Tula levantó la cabeza y murmuró en voz baja é íntima:

—Pruebe usted, Ramiro. Pero tiene usted que poner los labios donde yo los he puesto... Tal es la costumbre. La boquilla no se cambia...

Ramiro la interrumpió: Aquello era precisamente lo que él encontraba más agradable. Callóse á lo mejor, viendo entrar un lacayo mulato que traía una bandeja con pastas y licores. ¡Hay que imaginarse á Trinito! Una figurilla renegrada, manchada de hollín; una librea extravagante; una testa llena de rizos negros y apretados como virutas de ébano; unos ojos vivos, asomando por debajo de las cejas crespas y caídas, de enanillo encantador y burión. Tula llenó dos copas muy pequeñas:

—Va usted á tomar licor de Constantinopla, regalo del embajador turco en París.

Con un gesto le pidió la matera para ponerle más agua. Antes de volvérsela dió algunos

C O F R E D E S Á N D A L O

sorbos, al mismo tiempo que de soslayo lanzaba miraditas picarescas á Mendoza:

—Ahora supongo que le gustará á usted más...

—¡Naturalmente, Tula!

—No sea usted malicioso. Lo digo porque estará menos amargo.

VIII

Después del mate, la plática toma carácter más íntimo. El Duquesito cuenta su género de vida en Madrid. Su afición á los toros, su santo horror á la política. Recuerda las agradables veladas musicales en las habitaciones de la Infanta, los saraos de la condesa de Cela. Sentía

C O F R E D E S A N D A L O

él necesidad de hablar con Tula, de contarle cuanto pensaba y hacía. ¡Lo escucha ella con tanto interés! A veces le interrumpe dirigiéndole alguna frase de magistral coquetería y le da golpecitos en las rodillas con un largo abanico de palma, que ha tomado de encima del piano. El Duquesito se acaricia la barba maquinalmente, sin ser dueño de apartar los ojos un momento de aquel rostro picaresco y riante, que aún parece adquirir gentileza, bajo el tricornio hecho con un número antiguo de un periódico inglés, que, entre burla y coqueteo, la criolla acaba por encasquetarse sobre los rizos con tan buen donaire, que nunca estudiantillo de la tuna le tuvo igual:

—¿Qué tal, Duque?

—¡Sublime! ¡Encantadora! ¡Deliciosísima!

IX

En el vestíbulo, tras la puerta de cristales del saloncito, se dibujó el perfil de una señora anciana, que después de haber observado un instante, asomó la cabeza sonriendo cándidamente:

—¿No ha venido el Señor Popolasca?

—No, tiita. ¿Pero qué hace que no pasa? Ándele, tomará mate.

La tiita dió las gracias. Era una señora que tenía siempre grandes quehaceres, y se alejó á saltitos, haciendo cortesías á Ramiro Mendoza, que retorcia entre sus dedos furibundos las

guias del bigote á lo matón. Cuando hubo desaparecido la anciana, el Duquesito tomó la copa, vacióla de un sorbo, y á tiempo de ponerla sobre la mesa, preguntó queriendo mostrarse audaz é indiferente:

—¿Diga usted, Tula, se puede saber quién sea ese Señor Popolasca que, al parecer, viene todos los días?

La criolla no se inmutó:

—Un italiano que me da lecciones de esgrima. ¡Oh! ¡Aquí, donde usted me ve, soy gran espadachina!

A todo esto habiase puesto en pie y se alisaba los cabellos:

—¡Vamos! ¿Quiere usted que le dé unos cuantos botonazos? ¿De verdad, quiere usted?

Y señalándole el juego de floretes que había en un rincón, esparcido sobre varias sillas, añadió:

C O F R E D E S Á N D A L O

—Allí tiene usted. ¡Y ahora veremos cuántas veces le atravieso el corazón!

Se pusieron en guardia, riendo de antemano como si fuesen á representar un paso muy divertido. Tula, con la mano izquierda, recogía la cola hasta mostrar el principio de la redonda y alta pantorrilla. El Duquesito dejóse tocar por cortesía, y luego emprendió uno de esos juegos socarrones de los maestros, envolviendo, ligando, descubriéndose, retrocediendo con la punta del florete en el suelo. Sonreía como un hércules, que hace juegos de fuerza ante un público de niñeras y bebés. Tula acabó por enfadarse, y se dejó caer sobre el diván jadeante, casi sin poder hablar:

—¡Ay!... Conste que es usted un gran tirador, Ramiro. Pero conste también que es usted muy poco gentil.

C O F R E D E S Á N D A L O

Acabó de quitarse el guante y lo arrojó lejos de sí:

—¡Me ha dado usted un terrible botonazo!

Y señalaba el seno de armonioso dibujo, oprimiéndoselo suavemente con las dos manos.

El Duquesito preguntó sonriendo:

—¿Me permite usted ver?...

—¡Hombre, no! Puede usted desmayarse.

X

Tula, recostada en el diván, suspiraba de ese modo hondo, que levanta el seno con aleteo voluptuoso. Las manos que conservaba cruzadas parecían dos palomas blancas, ocultas entre los